

ÁNGELA

La esperada continuación de *Los ojos de la muerte*



Samantha E. King

Alma roja 

AN 

Título original: *Ángela*
© de la obra: Samantha E. King, 2018

©de la presente edición: Alma negra Edicio-
nes, S.L.
almanegraediciones@gmail.com
www.almanegraediciones.com

Primera edición en Alma Negra: mayo de
2019

Corrección profesional: Eba Martín Muñoz
Maquetación: Lourdes Delgado
Diseño de portada e ilustraciones: Juanma
Martín (Serves)
Preimpresión: Eba Martín Muñoz

Todos los derechos reservados. Cualquier for-
ma de reproducción, distribución, comunica-
ción pública o transformación de esta obra

solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Una, por enseñarme que de verdad te amaba,
y tú a mí. Te extrañamos.

A Leo, por dármelo todo. Por hacerlo cada día.

Y a ti, que jamás sabrás cuánto de mí te llevaste.

ÍNDICE

<u>Índice</u>	12
<u>Prólogo</u>	15
<u>Así concluyó</u>	17
<u>Los ojos de la muerte...</u>	17
<u>PARTE 1:</u>	20
<u>EL MUNDO EXTERIOR</u>	20
<u>La salida</u>	21
<u>Diario de David (I)</u>	30
<u>En la cueva</u>	41
<u>Un diario para ella</u>	49
<u>Diario de David (II)</u>	54
<u>Carta para ti, ama:</u>	67
<u>Lo que fue mi vida sin ti</u>	67
<u>La gran noche</u>	75
<u>Fragmentos de diarios</u>	85
<u>PARTE 2:</u>	107
<u>EL MATRIMONIO</u>	107
<u>El día del enlace</u>	108
<u>Diario de David (I)</u>	116
<u>Diario de Ángela</u>	126
<u>Sonia y Ángela se ven las caras</u>	132
<u>Fragmentos de diarios (I)</u>	140
<u>Fragmentos de diarios (II)</u>	159
<u>Diario de David (II)</u>	177
<u>El cumpleaños de Ángela</u>	184
<u>Visitando a Natalia</u>	202
<u>PARTE 3:</u>	215
<u>COMIENZA LA</u>	215
<u>INVESTIGACIÓN</u>	215
<u>Diario de David</u>	216
<u>Natalia</u>	231
<u>Reunión de tres</u>	257

<u>Fragmentos de diarios</u>	<u>266</u>
<u>El nacimiento de Morana</u>	<u>294</u>
<u>PARTE 4:</u>	<u>297</u>
<u>EL DESENLACE</u>	<u>297</u>
<u>Un regalo para Morana</u>	<u>298</u>
<u>Fragmentos de diarios(I)</u>	<u>305</u>
<u>Marta</u>	<u>329</u>
<u>Diario de David (I)</u>	<u>345</u>
<u>Fragmentos de diarios(II)</u>	<u>358</u>
<u>Diario de David (II)</u>	<u>365</u>
<u>El enfrentamiento</u>	<u>375</u>
<u>EPÍLOGO</u>	<u>378</u>
<u>Sobre la autora</u>	<u>385</u>
<u>Agradecimientos</u>	<u>386</u>

Qué alegría vivir
sintiéndose vivido.

Rendirse
a la gran certidumbre, oscuramente,
de que otro ser, fuera de mí, muy lejos,
me está viviendo.

Pedro Salinas, *La voz a ti debida*

¿No es verdad que destruyo a mis enemigos si los
convierto en mis amigos? **G.R.R. Martin**,
Carne compartida

Hay corazones que siguen latiendo cuando los des-
trozan; otros que dejan de funcionar.
Baby doll, **H. Overton**

LA MEDIDA DE MI MADRE
No sé si lo he dicho:
mi madre es pequeña
y tiene que ponerse de puntillas
para besarme.
Hace años yo me empinaba,
supongo, para robarle un beso.
Nos hemos pasado la vida
estirándonos y agachándonos
para buscar la medida exacta
donde podemos querernos.

ÁNGELA: La esperada continuación de LOS OJOS DE LASamantha
MUERTE. Psicotriller intimista (Spanish Edition) E. King

Begoña Abad

PRÓLOGO

Como sabéis ya, escribí la novela *Los ojos de la muerte* basándome en un relato que creé siendo una niña. Mi objetivo inicial era el de componer una novela corta (de unas cincuenta o sesenta mil palabras de extensión, al igual que *La condesa muerta*), pero la historia comenzó a exigir más complejidad, profundidad y elaboración, de modo que se transformó en un proyecto con el doble del contenido esperado (ciento un mil palabras exactamente).

La terminé muy pero que muy satisfecha, pues la había comenzado siendo un «¿por qué no?», luego se convirtió en mi obra dedicada a Una y, después, en el escondite en el que me refugié durante todo el proceso de su partida (operación, falsa recuperación, golpe de realidad) hasta que, finalmente, ella murió; y estoy convencida de que terminar de escribirla me sostuvo para que no me deshiciera del todo.

Creo que ha sido la novela más especial para mí hasta la fecha, la que me ha hecho derramar más lágrimas en mi vida, tanto de felicidad como de sufrimiento. Cuando la terminé, sentí que ella, mi Una, se había ido del todo hasta que ese mismo día escuché sus patitas caminando por la cocina. Una locura, ¿verdad?

También me ha hecho llorar de orgullo y alegría al ver la acogida que ha tenido en el público. Ha sido muy importante para mí y prefiero quedarme con eso, con lo bonito, y al resto...«dientes, dientes...», como dijo una «filósofa de la copla» en su día.

A su vez, los lectores me empezaron a escribir con un sinfín de preguntas, comentarios y sugerencias. Muchos de ellos demandaban una segunda parte. Algunos querían una precuela que hablara de los orígenes de la maldición y de

Ángela, y venían con teorías alucinantes sobre ella y su naturaleza. Otros querían disfrutar de una continuación de la historia. Así, se hizo indiscutible que la mayoría deseabais más páginas de Ángela y, de ese modo, surgió este nuevo libro que tenéis hoy entre vuestras manos.

Partiendo de que no me interesaba demasiado escribir una precuela (considero que en la anterior novela queda bastante claro que la familia está ligada a Ángela y a esa maldición desde siempre -sea locura o realidad- como un legado tan antiguo como los genes, y el porqué no es relevante para mí), y de que yo ya había dado por concluida la novela con un final redondo y atado (con estructura circular) en el que se daba a entender que David moría también a manos de la Muerte, jamás pensé en escribir una segunda parte.

No obstante, y aquí es donde hacen su magia la unión de la literatura y unos buenos lectores, empecé a preguntarme (por vuestra culpita) qué pasaría si David no muriese inmediatamente al abandonar el orfanato. Y esta nueva novela es el producto de aquella dichosa pregunta. Espero que la disfrutéis...

ASÍ CONCLUYÓ

Los ojos de la muerte...

Martes 14 de febrero, 2017

-¿D

avid? —preguntó la madre Mercedes al joven que dibujaba concentrado sobre una mesa de dibujo.

—¿Sí, madre? —se volvió el muchacho esbozando una sonrisa radiante.

—¿Lo tienes todo recogido? —preguntó la religiosa acercándose cariñosamente hacia él.

—Sí, madre —repitió alzándose de la silla—. Pero me aterroriza y entristece dejarnos y salir ahí fuera. He estado tanto tiempo aquí... —se sinceró el muchacho de ojos y corazón claros.

—¡Como me hagas llorar, te voy a castigar rezando tres veces al día el Rosario, verás! —bromeó la religiosa mientras ocultaba la prueba delatora en forma de lágrimas que se habían comenzado a dibujar bajo sus ojos—. Nosotras también te vamos a echar de menos, nuestro pintor angelical, pero ya has cumplido los dieciocho... Y, mírate, estás hecho todo un hombre, un buen hombre, David. Estamos muy orgullosas de ti.

Los dos se dieron un sentido abrazo y ninguno ocultó las lágrimas en esa ocasión. Su pequeño David, que había

llegado a ellas el día en que cumplía los cinco añitos, se les iba ahora, trece años después. No era justo.

La madre Mercedes carraspeó emocionada y volvió a sonreír.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó suspicaz el muchacho.

—Tengo una sorpresa para ti —le anunció ella—. Bueno, en realidad, la sorpresa ha sido para todas nosotras. No esperábamos este milagro...

—¿De qué hablas? —preguntó él, muerto de la curiosidad.

—Ahora lo verás. Deja tu equipaje aquí y sígueme —dijo ella, encantada de poder mantener la expectación.

El muchacho la siguió a través de los corredores del centro de acogida para niños sin hogar. La madre Mercedes se detuvo frente a la puerta de su despacho y le regaló otra sonrisa antes de entrar.

—Adelante... —le invitó ella franqueándole la puerta.

David se adentró en el despacho, donde una atractiva mujer de cabellos largos y castaños deambulaba a uno y otro lado de la habitación. Esta detuvo su caminar impaciente en cuanto notó su presencia y clavó sus enormes ojos verdes en el azul de él. Sus labios se curvaron exageradamente y David quedó prendado de aquella belleza que bien podría llevarle una década.

—¿Quién es? —preguntó confuso, buscando la mirada de su mentora para escapar de ese estado de hipnosis en el que le sumía la desconocida.

—Es tu abogada —dijo la monja mostrando las encías de tanto sonreír.

Él le dirigió una mirada interrogante pero la mujer se adelantó hacia ellos y tomó la iniciativa:

—Soy la señorita Peralta, tu abogada, Ángela Peralta. Vengo a hacerte entrega de tu herencia familiar, una casa

ubicada en Santurce, con terreno y preparada para una pequeña granja.

—¿Una casa... mía? ¿Y no se trata del piso de Lejona de mi madre? —preguntó con desconcierto.

—Me temo que esa propiedad no nos consta ahora mismo... Firma aquí y, ahora, cuando salgamos, te ayudo a instalarte en la casa y te lo explico todo con más detalle, ¿de acuerdo?

—De acuerdo... —titubeó el chico.

La madre Mercedes asintió con la cabeza para animarlo y el chico estampó su firma en los documentos ignorando que acababa de venderle su alma al diablo. O a la Muerte...

No muy lejos de ahí, en un sanatorio mental, una mujer de ojos verzuados profirió un alarido espantoso que recorrió todo el sanatorio hasta alterar a todos sus habitantes, enfermos y enfermeros.

—¡Mi nieto, no! ¡Mi nieto, no, Ángela-
aaaaaaaaaaaaaaaaaa! ¡Él nooooooooooooo!



La salida

Martes 14 de febrero, 2017

-¿P reparado, David? —inquirió la joven abogada de curvas en las que podría perder fácilmente la vida, incluyendo la curvatura de esos labios diabólicos que le atraían y repelían al mismo tiempo.

El joven asintió, esbozó una sonrisa incómoda y corrió a cubrirse con el equipaje su inoportuna erección, con la que sus hormonas adolescentes recién despertadas saludaban al mundo. Mercedes, la madre superiora, lo contempló a través de las lágrimas y le dio un último abrazo titubeante en el que anidaban sus dolores y sentimientos. Quería confesarle al chico de los ojos azules que lo había amado como a un hijo propio a pesar de un útero sin uso y de ser sierva de Dios. Él calmó sus heridas con un beso de cariño sincero en la mejilla.

—Os vendré a visitar con frecuencia, lo prometo —surró al aire antes de separarse para siempre de ella e ignorando que jamás cumpliría aquella promesa.

—Te echaremos de menos —acertó a pronunciar la religiosa con la voz rota.

—Yo más. Te quiero, madre Mercedes —contestó el chico con la misma emoción quebrada.

—Y yo... —dijo esta con cariño mientras lo animaba con la mano a salir del despacho y a terminar con esa dolorosa despedida que le picoteaba el corazón como un pájaro hambriento—. Te quiero, mi niño. Venga, ¡vete! El mun-